



EL MOMENTO DE LA LUNA
LOS HECHICEROS DEL DRAGÓN VOL. 2

Santiago Matías López

EL MOMENTO DE LA LUNA
LOS HECHICEROS DEL DRAGÓN VOL. 2



Primera edición: noviembre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Santiago Matías López

ISBN: 978-84-18958-64-9

ISBN digital: 978-84-18958-65-6

Depósito legal: M-32830-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Capítulo 1

EL ROBO

«Ser invisible es una gran ventaja, sobre todo cuando eres un ladrón», pensaba Calvin Stone. Aunque, técnicamente, no iba a robar nada, tan solo iba a pedir algo prestado sin preguntar.

Observaba, desde una distancia prudente, su objetivo, la ostentosa sala de los tesoros de Erender. Era de esperarse que, en el reino con el más egocéntrico de los gobernantes, se contara con una enorme cámara abovedada resguardando toda clase de objetos de valor. No obstante, si se habla de alguien que mantiene montañas de oro a simple vista y al alcance de la mano curiosa de cualquier visitante, nunca sabes qué esperar. La entrada a la bóveda estaba custodiada por un par de centinelas, como si una bóveda no fuese inaccesible de por sí. Se mantenían quietos como monolitos a la espera de que algún cuatrero lo bastante tonto intentara saquear la sala de tesoros. Ninguno sospechaba que había cuatro de ellos justo bajo sus narices.

De todos los hechizos que había aprendido, el de invisibilidad se había vuelto el predilecto de Calvin. Aunque ya lo había usado para esconder a otra persona aparte de sí mismo, se sintió algo dudoso de poder encubrir a tres a la vez. Al final no hubo problema, el manto de invisibilidad los mantenía a salvo de ser descubiertos, pero Calvin les sugirió a sus acompañantes que se mantuvieran los más cerca posible para no perder la conexión que los unía al hechizo.

Calvin se mantenía adelante y amuchado sobre él estaba Kyle Lounstris, el tío lejano de su amigo Víctor, que tenía el aspecto de un cuarentón drogadicto. Siguiéndolo estaba Alexandra, una mujer que Calvin hasta el momento encontraba algo misteriosa y bastante irritante, aunque su cautivadora belleza y su elocuente personalidad podían hacer que cualquiera pusiera esas cosas a un lado. Por detrás, estaba una criatura poco convencional, un lobo antropomórfico de más de dos metros de altura, con cuatro brazos peludos, enormes dientes de sierra y un apestoso aroma a perro mojado. Era un worforiar, una de las criaturas más fieras y peligrosas en todo Elementium, capaces de arrancarte la cabeza por tan solo estornudar cerca de ellos. Sin embargo, este era diferente. Su nombre era Worf, como Calvin lo bautizó después de que se conocieron, después de que se volviera su *Unit Beast*.

En su primer encuentro, Worf había intentado asesinarlo. Calvin se defendió convirtiéndolo en piedra y, sin saberlo, él y la criatura formaron un lazo que los unió en mente y espíritu. Desde entonces, Worf había permanecido a su lado para protegerlo y de hecho se habían vuelto buenos amigos, una de las amistades más extrañas que puede haber.

Worf era bastante inquieto, no soportaba la idea de mantenerse sin hacer nada. Se paseaba dando vueltas sobre sí mismo, comprometiendo la seguridad del hechizo de invisibilidad, cualquier ruido podía alertar a los centinelas. Tener cerca a un monstruo de sus dimensiones volvía bastante difícil mantenerse escondido. No obstante, Calvin sabía que en Worf tenía a alguien con quien podía contar. No podía decir lo mismo de Kyle y Alexandra, no podía decir prácticamente nada sobre ellos. Acababa de conocerlos hacía apenas unas horas, cuando él y Worf estaban varados en el desierto de Elementium; ellos salieron por una compuerta oculta debajo de la arena anaranjada y les ofrecieron llevarlos al místico reino de la tierra, Erender, a cambio de que los ayudaran a robar unos objetos mágicos de gran valor de la colección privada del emperador. Calvin estaba seguro de que solo les importaba obtener

lo que querían, les daba igual cómo o a qué precio. Calvin había aceptado colaborar porque uno de los objetos que buscaban era lo único que podía proporcionarle las respuestas que necesitaba. Una vez que todos tuviesen lo que deseaban, cada quien iría por su lado. Un trato justo.

—Tenemos que idear una forma de pasar a esos centinelas —dijo Kyle.

—Baja la voz —dijo Alexandra en un grito susurrado—. Que no puedan vernos no significa que no puedan escucharnos.

Calvin ya les habría ofrecido formar un vínculo de comunicación telepática, pero tras su última experiencia en la que por poco terminó con su cerebro fundido, no quería seguir desafiando los límites que su mente podía soportar. Aún le dolía la cabeza por haberle mandado aquel mensaje a sus compañeros en el reino de la luz.

«*Yo digo que los enfrentemos, podemos encargarnos de ellos*», dijo la voz de Worf dentro de la cabeza de Calvin.

El joven consideró la idea de su *Unit Beast*. Ellos eran dos magos, un worforiar y un hombre común y corriente contra dos soldados ampliamente entrenados en la magia y el combate. Sacando cuentas, eran dos contra dos, demasiado igualados. Además, que cuatro sujetos comenzaran a lanzarse relámpagos y bolas de fuego a medio corredor de la galería del palacio llamaría demasiado la atención. Worf quizá tuviese una oportunidad si los confrontaba, pero el incógnito era lo más importante.

Aunque Calvin pudiese tomar un camino más sutil como volverlos de piedra, teletransportarlos a la otra punta del reino o convertirlos en cucarachas, tuvo que descartar todas esas opciones. Era demasiado arriesgado usar su magia porque los Herederos del reino podrían sentirla y entonces los descubrirían.

—Es muy peligroso atacarlos de frente —concluyó Calvin.

—Entonces, ¿qué hacemos? —inquirió Kyle impaciente.

Calvin deseaba que Lloyd estuviese allí, ese vampiro solo tendría que hipnotizar a los centinelas con una mirada de sus pinto-

rescos ojos carmesí y se desharía de ellos con nada más que su tierna voz.

—Sé de un hechizo que podría funcionar —dijo Alexandra.

—No, no debemos usar magia, alertaríamos a todo el reino — señaló Calvin.

—Daremos alarma de todas formas si abrimos la bóveda sin permiso. Además, ese hechizo no requiere de mucho Prana, seguramente nadie lo notará.

A Calvin no lo convencía la falta de seguridad en la erenderiana, pero, puesto que estaban desprovistos de otras alternativas, tuvo que confiar en ella.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

Alexandra se colocó al frente del grupo y fijó bien su ojo avizor, si no era meticulosa podía acabar haciendo que su hechizo afectara a Calvin o a Kyle, o incluso a ella misma. Pronunció el hechizo con una voz lenta y acallada:

—*Somnusus*.

Un halo de luz dorada recorrió el aire y llegó hasta los centinelas. El primero pestañeó súbitamente, el otro soltó un gran y profundo bostezo. Sin embargo, permanecieron de pie en sus puestos.

—Parece que no te funcionó —le marcó Kyle.

—Ya me di cuenta —rezongó Alexandra—. No le puse suficiente energía, lo haré de nuevo.

Volvió a decir el hechizo con un tono más acelerado.

—*Somnusus*.

El halo de luz volvió a cubrir a los centinelas y, esta vez, ambos comenzaron a tambalearse y eventualmente cayeron al suelo, inertes como troncos, roncando tan rascosa y nasalmente que sonaban como los motores de un par de lanchas.

Calvin levantó el hechizo de invisibilidad, puesto que ya no había nadie de quien esconderse, además de que mantenerlo ya estaba agotándolo.

—¿Qué les hiciste? —preguntó Calvin.

—Fue un hechizo de sueño —respondió Alexandra—. Despertarán dentro de un par de horas aproximadamente.

Calvin hubiese querido saber de ese hechizo antes, le sería de mucha utilidad porque últimamente tenía dificultades para conciliar el sueño. Tal vez tuviese algo que ver con que, cada vez que se dormía, sus sueños eran invadidos por dragones que lo llevaban a lúgubres y extraños lugares donde le revelaban verdades horribles. La última vez soñó con un dragón negro que le dijo que sus padres, que habían sido prisioneros durante cinco años, estaban con vida en el reino de la oscuridad, Darux. Eso lo llevó a arrastrar a tres de sus amigos a una misión para infiltrarse en el lugar más peligroso y mortal de todo Elementium con el fin de encontrarlos y, a decir verdad, no terminó nada bien.

—No perdamos más tiempo y hagamos lo que tenemos que hacer antes de que descubran que estamos aquí —dijo Kyle.

Alexandra examinó la gran puerta dorada. Casi todo en Erender estaba fabricado con oro; allí el oro era tan común como los guijarros. La puerta era enorme y muy pesada, ni siquiera Worf hubiese podido moverla por sí solo. Estaba desprovista de cualquier perilla, manija o medio para abrirla. Lo único que tenía era una pequeña cerradura en el borde, escondida entre los resaltes y relieves.

—Hace falta la llave —dedujo Alexandra.

—¿Como esta?

Calvin se agachó para retirar del cuello de uno de los centinelas un llavero que únicamente cargaba una pequeña llavecilla paletón, cuyos dientes de serreta tenían la forma exacta de la cerradura.

—Seguramente servirá.

Calvin colocó la llave en el agujero de la cerradura y esta encajó a la perfección. La giró un par de vueltas haciendo crujir el mecanismo del cerrojo. Repentinamente, la puerta soltó un ruidoso rechinado mientras lentamente se desplazaba a un lado como la puerta automática de un supermercado, soltando una nube de polvo con aroma a óxido.

—Fue más fácil de lo que esperaba —admitió Kyle

—Mejor ya no abusemos de la suerte —repuso Calvin mientras los cuatro ingresaban a la sala de tesoros.

Después de ver la sede imperial llena de riquezas y gemas, Calvin se esperaba que la sala de tesoros fuese el lugar más deslumbrante y ostentoso que pudiera existir. Sin embargo, lo que encontraron no era nada más que un inmenso almacén. En realidad, inmenso era quedarse corto. Era la estancia más grande que Calvin hubiese visto y eso que Isarior, el reino de la luz, en el que había vivido los últimos días, estaba lleno de habitaciones grandes. Tenía cabida para el público de diez coliseos romanos, pero lo único que había allí eran estanterías. Montones de estanterías de unas veinte repisas cada una, todas perfectamente enfiladas como piezas de dominó. Había tantas que se perdían a la vista si intentabas encontrar el final de la fila hacia cualquier dirección.

Los cuatro allanadores se quedaron atónitos ante la inmensidad. Cada estantería estaban repleta hasta el tope de desde simples chatarrerías como electrodomésticos descompuestos, cubiertos herrumbrosos y figurillas de madera mohosa hasta hermosas reliquias como anillos de diamantes, collares de alhajas y finos jarrones.

Según la información que Alexandra había obtenido del emperador, muchos de esos objetos eran en realidad contenedores en donde eran almacenados los poderes de los Herederos que eran sentenciados por crímenes contra las Leyes de la Magia. Al extraer de sus cuerpos una gran parte de su Prana, la fuente de toda magia, y posteriormente sellarla dentro de un objeto específico, el Heredero en cuestión era completamente revocado de sus habilidades mágicas, lo cual para muchos podía llegar a ser un castigo aun peor que la muerte. Claro que allí también se almacenaban otros tesoros, ya sea armas mágicas de gran poder o reliquias valiosas únicamente por su valor histórico.

—¿Cómo se supone que encontraremos algo aquí? —exclamó Kyle—. Nos tomará toda la vida.

—Reconozco que es algo más grande de lo que esperaba —dijo Alexandra—, pero eso no afecta en nada mis planes.

—¿Siquiera sabes cómo es el objeto que contiene los poderes de Kyle? —preguntó Calvin.

—No pude preguntarle directamente eso a Axel porque hubiese delatado mis intenciones. Solo me dijo que su Prana era algo insignificante y que le buscó un contenedor adecuado.

Kyle apretó los dientes en señal de fastidio. El tan solo oír hablar del cabeza caliente del emperador de Erender le crispaba los nervios.

Kyle siempre había sido un típico rebelde que no sigue órdenes de nadie, eso automáticamente lo ponía en malos términos con cualquier emperador. Aunque Kyle vivió la mayor parte de su vida en Darux, conoció a Axel en algunas oportunidades antes de que se convirtiera en el emperador de Erender. Él nunca le había caído bien, incluso sin ser el emperador siempre se creyó superior a todos los demás. Si bien resaltaba a la vista que era un guerrero excepcional, su egocentrismo y sus aires de grandeza provocaban que Kyle no le tuviese ningún respeto, pero desde el día en que le quitó sus poderes, obligándolo a vivir una patética vida humana en la Tierra, le tenía un odio inconmensurable.

—¿Cómo se supone que hallaremos el contenedor si ni siquiera sabemos qué estamos buscando? —cuestionó Calvin.

—Para eso estoy aquí —aludió Alexandra aireadamente—. Yo tengo un método infalible para encontrar cualquier cosa.

—¿Te refieres al hechizo que usaste en la Tierra para encontrar el Neaver? —indagó Kyle.

—Precisamente.

Calvin no tenía idea de a qué se referían, pero ese no era el momento de preguntar cosas sin importancia.

—Pero dijiste que, para usar ese hechizo, necesitas algo que contenga la firma energética de lo que estás buscando.

—El contenedor tiene tu Prana, tú eres todo lo que necesito.

Kyle comenzaba a comprender que esa mujer no lo veía más que como un objeto, como la llave que había usado para ubicar el Neaver de Timothy en Los Ángeles. De cualquier forma, no podía

quejarse ante la persona que estaba a punto de darle sus poderes de regreso.

—¿Qué se supone que debo hacer?

—No tienes que hacer nada, déjame a mí.

La erenderiana puso sus manos a ambos lados de la cabeza de Kyle y poéticamente recitó las palabras del hechizo:

—*Magia en mi interior, tu ayuda imploro. Muéstrame dónde está lo que mi corazón anhela ver. Muéstrame el camino que debo recorrer.*

Calvin no creía que esa cursi palabrería fuese un verdadero hechizo, pero en cuanto se dio la vuelta, notó que un hilo de luz dorada atravesaba la sala como una flecha indicando el camino a seguir.

—Te lo dije, yo siempre vengo preparada.

En verdad, Alexandra tenía todo bien calculado. Ni siquiera hubieran podido acercarse a la bóveda de no haber bloqueado antes el ojo clarividente de Axel, con el que podía ver todo lo que sucedía en Erender, hasta las cosas que no podían verse con los ojos. Alexandra había preparado un hechizo para inutilizarlo desde antes de que ella y Kyle se encontraran con Calvin en el desierto y lo llevaran a Erender para usarlo de farol e implantar ese hechizo en Axel. Ella obviamente llevaba un buen tiempo trazando su plan y lo había hecho muy minuciosamente. Su deseo de obtener lo que buscaba era muy grande.

Siguieron la ruta trazada por la línea de luz sorteando las estanterías como si los bloquearan las paredes en un laberinto. Ignorante de su inmaterialidad, Worf trataba de morder el haz de luz con sus fauces de sierra, pero solo conseguía morder el aire.

Al final del sendero trazado, la línea brillante se sumía en algo que estaba escondido al fondo de uno de los estantes inferiores. Calvin y Kyle quitaron lo que había delante para revelar una vieja y maltratada caja de cartón. El haz de luz se desvaneció en cuanto la agarraron y Worf cesó en sus intentos por morderlo.

La caja estaba llena de cosas sucias y deslucidas; frascos vacíos, tuercas, resortes. Ninguna resaltaba entre las otras, todas parecían la misma basura inútil.

—¿Cuál de todas es? —preguntó Calvin.

—Pregúntale a Kyle —sugirió Alexandra.

—¿Por qué yo debería saberlo? —preguntó Kyle confundido.

—Porque si el objeto contiene tu Prana, solo tú te darás cuenta de cuál es. Lo sabrás cuando lo veas.

No perdía nada intentándolo. Kyle se puso a revolver los cacharros de la caja intentando ver algo especial en alguno, esperaba que el correcto se pusiera a brillar o fuera volando hacia él como lo hizo el cristal de la tierra con Alexandra cuando la reconoció como su portadora, pero no sucedió. Se quedó mirando esas antigüedades sin saber qué hacer, empezaba a creer que ninguna de ellas tenía sus poderes. Hizo una última revisada antes de rendirse, pero cuando su mano tocó el objeto que se encontraba más abajo, tuvo una extraña sensación. Fue como si miles de estrellas se encendieran en su interior. Una corriente de calor recorrió cada fibra de su cuerpo y su piel se erizó hasta la médula. Retiró la mano con el puño apretado tan fuerte como si sostuviese una bomba que explotaría si la soltaba. Abrió el puño y dejó a la vista una antigua y oxidada brújula de bronce. En comparación, las otras chatarras en la caja parecían salidas de un cofre del tesoro. La aguja estaba rota y no apuntaba a ningún sitio, el vidrio que la recubría estaba agrietado y los símbolos estaban borrosos e ilegibles.

—¿Eso es el contenedor? —preguntó Calvin.

—Lo es —afirmó Kyle con total seguridad.

—Conque un contenedor adecuado, uhm —expresó Alexandra, viendo la estropeada brújula.

—Parece que Axel no cree que mi poder merezca estar dentro de algo más que esto —dijo Kyle con desdén.

Kyle nunca se consideró a sí mismo un Heredero poderoso, pero estaba seguro de que tenía una habilidad considerable comparado con varios otros Herederos que conocía. Esa brújula representaba lo que Axel pensaba de él, un artificio desgastado e inservible. Kyle reconoció que esa brújula lo representaba a la perfección. Toda su vida no había hecho más que pensar en sí mismo,

siempre pasaba por encima a los demás, eso fue lo que lo llevó a perder sus poderes. Después de eso, se convirtió en un ser que estaba podrido por dentro, una escoria buena para nada sin ninguna razón de existir. Al ver esa brújula, Kyle se veía a sí mismo.

—Ahora que ya tenemos el contenedor, ¿cómo le devolvemos sus poderes a Kyle? —indagó Calvin.

—El Prana debe ser retirado del artefacto y reinsertado en su cuerpo —explicó Alexandra—. Sin embargo, eso solo puede hacerlo la persona que lo colocó allí en primer lugar.

—Tú dijiste que convencerías a Axel —señaló Kyle.

—Descuida, ya llegaremos a eso —le aseguró Alexandra—. Primero hay algo más de que ocuparnos.

Calvin ya sabía a qué se refería. Encontrar el contenedor solo había sido un medio de asegurarse de que Kyle la acompañara en su peripecia. Lo que Alexandra buscaba allí en realidad era algo mucho más valioso. Un objeto mágico único que podía darle a quien lo tuviera un potencial ilimitado o bien acabar con su vida: la esfera del tiempo. Una reliquia más antigua que Elementium, tal vez incluso más antigua que el tiempo mismo. Confería a su portador la posibilidad de moverse libremente a través del tiempo y espacio, algo considerado imposible, aun en un mundo lleno de imposibilidades. La magia era capaz de alterar el flujo del tiempo en menor medida, pero la idea de desplazarse a través de él era algo que ni siquiera se permitió concebir.

Esa esfera era increíblemente poderosa, pero también acarrea un peligro enorme. Alterar el curso de la historia podía traer consecuencias devastadoras, en el peor caso, podía destruir por completo la estructura del espacio-tiempo, lo que significaría la destrucción de todo lo que existe. Por eso, los primeros emperadores de Elementium decidieron que la esfera del tiempo nunca debía ser usada y la mantuvieron oculta, pasándola de generación en generación de emperadores.

Alexandra de alguna forma había logrado descubrir la existencia de la esfera. Ella no le había dicho cómo, ni tampoco qué era

lo que pretendía hacer con ella. Calvin solo sabía que esa esfera era la razón por la que estaba en Erender. A pesar de que habían acabado perdidos en el desierto, Calvin estaba seguro de que había una razón por la cual él y Worf estaban allí.

Después de haber encontrado a sus padres en un estado vegetativo y descubrir la verdadera identidad del Hechicero Oscuro, Calvin fue salvado de la muerte por su más inesperado aliado, el legendario Dragón de la Luz, uno de los cinco grandes Dragones que dieron forma al universo. El Dragón y Calvin estaban unidos entre sí, una unión más profunda que la que tenía con Worf. Resulta que el Dragón lo había elegido para ser uno de los Hechiceros del Dragón, los Herederos más poderosos que alguna vez hayan existido, destinados a decidir el destino de todo el universo. Sin embargo, el otro Hechicero del Dragón, el que había sido elegido por el Dragón de la Oscuridad, estaba de parte del emperador, el regente de Darux, el cual había iniciado una guerra para tomar el control de Elementium y la Tierra. Calvin había descubierto, además, que existía una profecía que decía que él y el Hechicero Oscuro estaban predestinados a enfrentarse en una batalla en la que solo uno de los dos prevalecería al final. Si él ganaba, salvaría a ambos mundos de la destrucción, pero si el Hechicero Oscuro ganaba, ambos mundos estarían condenados.

Lo peor de todo era que hacía unas cuantas horas se había encontrado cara a cara con el Hechicero Oscuro y había descubierto quién era en verdad. Su propio hermano. Calvin no podía creerlo al principio. Más bien, se rehusaba a creerlo, porque era obvio que era verdad. Sus rostros eran el reflejo del otro, un rasgo que los identificaba como hermanos gemelos. Su peor enemigo era su único hermano. Ryan era su nombre, pero él no consideraba a Calvin su hermano. En su breve enfrentamiento, Calvin pudo comprobar que Ryan no era más que un monstruo de odio creado por el emperador. Después de estar a su lado durante su vida entera, Ryan fue lentamente cayendo al mismo abismo al que el emperador había caído tiempo atrás. Y a pesar de eso, a pesar de que el

único deseo de Ryan era matarlo, a pesar de que su mente estaba consumida por el emperador, una cosa que le había dicho le había quedado fija en la cabeza: que sus padres, los padres biológicos de ambos, lo habían abandonado y solo se preocuparon por salvar a Calvin. Aunque seguramente solo fuesen mentiras del emperador, Calvin podía entender la furia que Ryan debía albergar si eso era verdad. Saber que tus propios padres te despreciaron era lo peor que podía pasarte.

Cuando el Dragón de la Luz lo sacó de Darux tras un explosivo intercambio con Ryan, le dijo a Calvin que había olvidado quién era en realidad. Calvin estaba convencido de la veracidad de esas palabras, los sucesos que había vivido le habían hecho dudar de su propia identidad. Después de que el Dragón lo abandonase en el desierto, Calvin cayó en la cuenta de que lo había hecho para que pudiera volver a encontrarse a sí mismo. Cuando Kyle y Alexandra aparecieron y les revelaron la existencia de la esfera del tiempo, Calvin supo al instante que esa debía ser la razón por la que el Dragón de la Luz tergiversó aquel encuentro. La esfera del tiempo podía darle las respuestas que necesitaba para saber cuál era su verdadero destino.

—¿Cómo vamos a encontrar la esfera? —le preguntó Calvin a Alexandra—. Por lo que dijeron, no podrás usar el mismo hechizo.

—No necesito de ningún hechizo. Yo sé exactamente dónde está.

—Bueno, ¿y dónde está? —preguntó Kyle.

En lugar de responder, la erenderiana esbozó una sonrisa confiada y se internó en el bosque de estanterías. Calvin, Kyle y Worf fueron detrás de ella sin saber qué era lo que pretendía. Ella se detuvo en cuanto estimó que habían llegado al centro de la habitación. Se arrodilló y empezó a palpar el suelo cuidadosamente con la mano.

—Conque aquí estás —murmuró para sí misma.

Alexandra liberó una pequeña cantidad de Prana a través de su brazo. Un círculo de luz amarilla dividió el suelo en dos como las compuertas ocultas que comunican a Erender con el Elementium

de la superficie. En el centro de una plancha de oro con textura circular que estaba hundida unos pocos centímetros, estaba incrustado lo que parecía un ovillo de vidrio del tamaño de una pelota de tenis.

—El tesoro más valioso, escondido en el corazón del salón —murmuró Alexandra con los ojos resplandecientes de emoción.

—¿Cómo lo supiste? —indagó Kyle sorprendido.

—Eso no importa —evadió la pregunta Alexandra—. Lo que importa es que la encontramos.

Alexandra se apresuró a poner su mano sobre la esfera y sintió un hormigueo por todo el cuerpo. Jaló fuertemente para sacarla, pero la esfera no salió. Por más que lo intentó con todas sus fuerzas, permaneció clavada en el disco de oro.

—Mejor deja que Worf lo haga —sugirió Calvin.

Alexandra se apartó condescendiente y Calvin miró a Worf a los ojos mientras le hablaba mentalmente.

«¿Podrías sacarla de ahí, por favor?», le pidió amablemente.

Si cualquier otra persona le hubiese pedido algo así, Worf se hubiese negado rotundamente a rebajarse a ser el sirviente de un Heredero mandamás. Sin embargo, cuando se trataba de Calvin, Worf era incapaz de negarse a cualquier petición suya, aunque fuese dejarse convertir en un insignificante ratón.

«De inmediato, señor», respondió la diligente criatura.

El worforiar cubrió la esfera con sus punzantes garras. Tironeó con toda la delicadeza que su fisiología bestial le permitía, no quería acabar rompiéndola. Con un esfuerzo que para él fue mínimo pero que abarcaba la potencia de cinco hombres juntos, la bola de cristal se desprendió.

Alexandra se aproximó a coger la esfera, pero la gran bestia la fulminó con una mirada asesina que la dejó paralizada. Calvin le dio una pequeña seña y Worf apaciguó sus instintos salvajes, luego le extendió la esfera a Alexandra. Ella la tomó con cautela, le costaba creer que Calvin pudiese controlar de esa forma a tan aterrador monstruo.

Calvin miró la esfera de cerca, relucía como un diamante y estaba en tan perfectas condiciones como uno. No había ni la más mínima imperfección, ni marcas, ni suciedad, el cristal era tan limpio que Calvin podía verse reflejado tan bien como en un espejo. Pronto se dio cuenta de que lo que veía en realidad no era su reflejo. La escena que acababan de vivir, ellos encontrando el escondite de la esfera, Worf removiéndola y dándosela a Alexandra, se estaba reproduciendo dentro de ella como si fuese una película. Al terminar, una brumalidad cubrió el interior de la esfera y la escena cambió. Ahora estaba viendo como llegaban a la sala de tesoros y se apoderaban del contenedor de Kyle. Se reproducía con gran nitidez. Las escenas seguían cambiando una tras otra, cuando Alexandra durmió a los dos vigías, cuando Calvin mandó el mensaje telepático a sus amigos con ayuda de Axel, cuando Alexandra y Kyle los encontraron en el desierto.

—Está mostrando mi pasado —declaró Alexandra.

—Como la bola de cristal de una gitana —se burló Kyle—, solo que muestra el pasado en vez del futuro.

Calvin soltó un bufido de resignación. Después de vivir por cinco años con su tío Mordican y su primo Narciso, ya estaba acostumbrado a los adultos que se comportan como niños.

—¿Sabes cómo hacer funcionar esa cosa?

—Jamás lo he intentado, pero creo entender el mecanismo de su magia. Se guía por los recuerdos y sentimientos para hallar un momento específico en el pasado o el futuro y luego convierte tu cuerpo en energía que se desplaza a través de una curvatura espaciotemporal para colocarte en ese momento exacto.

Calvin no había entendido del todo y Kyle no había entendido casi nada, pero ambos asintieron en señal de aprobación.

—¿No nos pasará nada? —preguntó Calvin—. No quiero acabar como un millón de partículas dispersadas por el tiempo.

—Básicamente es como una teletransportación a mayor escala, el viaje en sí no representa ningún peligro.

Calvin no entendía cómo Alexandra podía tener un conocimiento tan detallado acerca de la esfera del tiempo. Aunque Axel le hubiese revelado su existencia y su ubicación, no había forma de que él pudiera saber cómo funcionaba. Además, Axel era un hombre de cuidado, no era alguien a quien podías sacarle información así nada más.

—Yo aún no creo que esa cosa realmente te permita viajar en el tiempo —expresó Kyle.

—Y me temo que nunca lo averiguarás —irrumpió una voz desconocida.

Todos se dieron la vuelta para ver a los dos soldados grandulones que Alexandra había mandado al país de los sueños. Tenían los ojos rojos, como si hubiesen tomado una muy mala siesta.

—Dijiste que seguirían dormidos por al menos dos horas —gruñó Calvin entre dientes.

—No podía ponerle mucho Prana, fue un hechizo falible —se excusó Alexandra.

—Podemos oírlos —les indicó uno de los centinelas—. Entrar aquí sin autorización y robar son dos delitos graves, así que dejen de hablar y entréguense por las buenas.

Parecía que no tenían otra salida más que luchar. Worf les enseñó los colmillos en señal de que estaba dispuesto a enfrentarlos. Kyle se escondió detrás de él intentando quedarse al margen. Calvin estaba por ponerse en guardia cuando Alexandra lo detuvo.

—Es ahora o nunca —exclamó, extendiéndole la esfera—. Sujétala y piensa en el momento al que quieres ir.

Ante la falta de cooperación, los dos gorilas se lanzaron sobre ellos. Por acto reflejo, Calvin puso una mano sobre la esfera del tiempo y con la otra sujetó el brazo de Worf. Durante esa fracción de segundo, tanto Calvin como Alexandra mantuvieron en sus pensamientos un único momento del pasado, pero más que nada, mantuvieron el deseo de volver a ese momento.

Los centinelas perdieron su sentido de la vista a causa de un destello enceguecedor y no lo recuperaron hasta varios segundos

después de que el destello se apaciguó. De los cuatro intrusos que estaban hacía un momento, solo quedaba uno. Kyle miraba desorientado hacia todos lados, también preguntándose a dónde habían ido sus compañeros.

—No sé qué pasó aquí —dijo uno de los centinelas—. Pero lo averiguaremos y tú vendrás con nosotros, tienes mucho que explicar.

Al caer en que lo habían abandonado, Kyle se vio obligado a entregarse. Mientras los soldados lo trasladaban, disimuladamente palpó el bolsillo izquierdo de su pantalón. La vieja brújula seguía allí.

Capítulo 2

LO QUE SE ESCONDE BAJO EL MAR

Para Víctor Rawson, la playa nunca había sido uno de sus lugares favoritos. Además de que no sabía nadar, el sol calcinante y la arena que siempre se le pegaba en los pies, detestaba el ambiente veraniego, se inclinaba más por el frío y la nieve. Irónicamente, había vivido el último año de su vida en un pueblo costero. Aunque al fin y al cabo, después de pasar toda su vida en orfanatos mugrosos y desahuciados, hubiera aceptado vivir en una choza junto a un pantano repleto de caimanes.

Su inusual aprecio por el frío venía irónicamente del que de lejos fue el peor de todos los orfanatos en los que había estado, en el que vivió por siete meses hasta su decimoctavo cumpleaños. Era una suerte de monasterio en Montana sin calefacción, electricidad ni agua corriente. Los encargados eran unos fanáticos religiosos que apenas sí les daban de comer un plato de judías al día. Si al menos fueran buena gente, hubiera sido soportable, pero lo cierto es que eran unos desgraciados deplorables. Maltrataban e insultaban a los huérfanos cada vez que podían. A los más pequeños los encerraban en las letrinas exteriores en plena nevada, más de uno había acabado con hipotermia. A los mayores, como Víctor, los hacían pelear la nieve, lavar las letrinas y hasta se burlaban mientras los veían. El compañerismo entre huérfanos hubiese sido una gran compañía, pero lo cierto es que los residentes eran aun peores que los dueños. Víctor resistió como pudo; estando tan cerca de la ma-

yoría de edad, no faltaría mucho para que lo echaran a la calle para así tener una boca menos que alimentar.

Ni se imaginaba lo que pudo haber llegado a pasarle de no haber recibido la salvación por la mano de su entonces desconocido guardián, Timothy. Apareció en el orfanato la mañana de su cumpleaños, se lo llevó a Ríndesting y de la nada le consiguió una casa y una taberna, le dijo: «Vivirás en este pueblo desde ahora» y luego se fue. No fue hasta un año después que lo volvió a ver, cuando le salvó la vida de un par de daruxianos que intentaron secuestrarlo y se embarcaron juntos en una misión para salvar Elementium.

Las playas de Isarior eran mucho más hermosas que las de Ríndesting. En realidad, todo en Elementium era más hermoso que en la Tierra. En ese mundo, donde el Prana abundaba en cada célula viviente, la magia otorgaba a cada lugar una esplendorosa belleza. El océano tenía un tono azul marino tan profundo como sus aguas, que eran tan cristalinas que desde la orilla alcanzaban a distinguirse los peces que pasaban nadando. El sol brillaba con intensidad reflejándose en el enorme espejo azulado. Casi no había nubes en el cielo; siendo Isarior el reino de la luz, allí casi nunca se nublaba o llovía. La arena era suave y tibia al tacto de los pies descalzos de Víctor. La briza soplaba contra su rostro con un cierto aroma a hierbas. La temperatura era cálida pero agradable, algo que no se esperaría con la fuerza con la que el sol pegaba en la piel. Víctor deseaba haber empacado protector solar, pero entre las prisas no tuvo tiempo de llevar nada más que la escasa ropa que traía puesta y su espada Lighness que siempre cargaba a cuestas a donde fuera.

Junto a él, también sufriendo por el sol, se hallaba Timothy. Estaba cruzado de brazos, mirando al cielo en espera de que Zafiro llegara con el transporte. Tenía poco más de cincuenta años, pero aparentaba tener muchos más, ya que, sin importar el calor que hiciese, jamás se quitaba su modelito de jubilado porteño. Víctor sabía que, aunque tenía un aspecto inofensivo con sus zapatos de mocasín y su camisa de oficinista metida en el pantalón, su guardián era un luchador muy capaz. No olvidaba las veces que lo había

salvado de múltiples monstruos o las palizas que le había propinado en sus lecciones de espada.

Después de que les encomendaran ir a Atlantia, el reino del océano, a convencer a la emperatriz de que uniera sus fuerzas con los demás reinos para combatir al emperador, Zafiro los plantó en esa playa mientras ella iba a por un Neaver especial que les permitiría llegar hasta el reino. Ya llevaban veinte minutos esperando bajo aquel infernal sol, aunque parecían horas. Víctor sabía que en cualquier momento sufriría una insolación.

El único allí al que no le molestaba el sol era a Lloyd. Si bien, al ser un vampiro, era muy sensible a la luz, eso no era un problema gracias al manto de sombras que Víctor había puesto sobre él. También gracias a eso, la piel de Lloyd, que bajo la luz del sol se veía como la de cualquier persona normal, estaba cubierta de escamas de reptil, como todos los vampiros la tienen en la oscuridad de la noche. Llevaba una sudadera gris y un pantalón corto de *jean*, lo que casi le hacía parecer un adolescente mal vestido cualquiera.

«¿Estás seguro de que es el lugar correcto?», le preguntó la mente de Lloyd a la de Víctor.

«Sí, no puede ser otro —respondió la mente de Víctor—. Aunque desearía que nos hubiese pedido que la esperáramos en algún lugar con sombra».

Aunque Víctor había estado practicando sus habilidades telepáticas, no las necesitaba para comunicarse con Lloyd. Al igual que Worf y Calvin, Lloyd y Víctor estaban conectados por el vínculo de la *Unit Beast*. Tras un episodio en el que Lloyd lo salvó de que sus desquiciados bisabuelos, Jendan y Saira, lo mataran y bebieran su sangre, ambos quedaron ligados para el resto de sus vidas.

«¿Por qué no te colocas una capa de sombras a ti también?», preguntó Lloyd

«Tú la necesitas más que yo —contestó Víctor—. Además, no quiero desperdiciar Prana en algo así. No sabemos qué nos podremos encontrar allá abajo, debo aprovechar tanto como pueda».

Ya les habían advertido que el viaje a Atlantia podía ser muy peligroso. Después de aislarse por completo de los otros cuatro

reinos, los atlantianos construyeron defensas impenetrables y hasta mortales contra cualquiera que se acercara. Como si eso fuera poco, los océanos de Elementium estaban plagados de criaturas marinas tan grandes como agresivas.

Hasta hace no mucho tiempo, a Víctor le hubiese atemorizado el solo pensar en cosas así. Sin embargo, después de las experiencias que había vivido en los últimos días, donde casi pierde la vida más de una vez, se había vuelto un hombre capaz de enfrentarse cara a cara con el peligro.

El peligro no sembraba miedo alguno en Lloyd. Para él, el miedo era algo que había eliminado hace mucho tiempo. Cuando toda su familia y su clan fueron masacrados por los vampiros renegados, tuvo que forzarse a dejar de lado su temor y desesperación con el fin de sobrevivir. Aunque solo era un niño, los de su propia especie lo cazaron durante años. Sabía que no estaba a salvo en Elementium, así que huyó a la Tierra a través del portal de Darux. Por un tiempo creyó estar a salvo, pero entonces los renegados fueron enviados a la Tierra como espías del emperador. Lloyd tuvo que luchar por su vida constantemente, pero eso también lo volvió mucho más fuerte. Pronto se dio cuenta de que sobrevivir no tenía ningún significado sin un propósito que lo atara a la vida. Desde entonces, él mismo se forjó un único objetivo que se convirtió en el propósito de su existencia: acabar con los vampiros renegados y vengar a sus familiares.

Durante el corto tiempo que había pasado junto a Víctor, Lloyd había logrado revivir algo de la felicidad de sus primeros años de vida. Pero, aun así, sus objetivos no habían cambiado. Destruiría a los renegados a como diera lugar, ya nada más le importaba.

—Miren allí —exclamó Timothy rompiendo el incesante silencio en aquella reunión.

Su dedo apuntaba hacia el cielo, cerca del sol. Víctor y Lloyd se protegieron los ojos con las manos y pudieron discernir una pequeña sombra delante del gran disco solar. La silueta se hacía cada vez más grande hasta que el gran pájaro de metal sobrevoló sobre

sus cabezas provocando una ráfaga de viento que les revolvió el cabello. La aeronave viró y descendió perfectamente sobre la arena a unos metros de ellos. Era uno de los Neavers más hermosos que Víctor había visto. Esas majestuosas naves futuristas ya eran hermosas de por sí, pero esa tenía varios atributos destacables. A diferencia de los Neavers estándar que son grandes y ostentosos, este era medianamente más pequeño, alargado y versátil. Sus alas estaban encorvadas hacia atrás haciéndolo parecer una enorme mantarraya. Sus cañones delanteros eran diferentes a los regulares que disparaban proyectiles láser, estos parecían hechos para disparar torpedos. Lo más llamativo era su brillante color cobalto, sin duda diseñado para el camuflaje submarino. La capota del Neaver se abrió con un zumbido y de la cabina del conductor salió una mujer alta y esbelta con el cabello rojo como las llamas y ojos dorados cual ámbar. Bajó de la nave en su elegante chaquetón morado y sus botas de explorador.

—Zafiro, ¿por qué tardaste tanto? —exclamó Víctor.

—Lo siento, Reshis tuvo que explicarme cosas muy complicadas para manejar el Neaver bajo el agua.

A Timothy aún le resultaba extraño que Zafiro se refiriese al emperador de Isarior por su nombre. Ese era un derecho que ni siquiera los más allegados a él se daban.

—Por lo pronto, creo haber entendido todo lo necesario para mantenernos con vida.

Víctor siempre odió que las personas dijeran frases con «creo», era como si dijera que bien podrían morir ahogados o no.

—¿Ese es un Neaver modelo Atlantia X-2? —preguntó Timothy mientras se aproximaba a la nave con la mirada de un bebé a que le dan su primer juguete.

—Sí, es de la selección privada de Reshis —respondió Zafiro—. Es de los pocos modelos Atlantia funcionales que quedan aquí. Desde que ya nadie va al reino del océano, casi todos dejaron de usarlos. Me preocupaba que siquiera pudiésemos conseguir uno.

Timothy acercó su rostro al Neaver hasta casi pegar sus ojos en él y acarició su superficie.

—Es maravilloso, es la primera vez que veo uno en tan buenas condiciones. El diseño es exquisito.

Timothy siempre tuvo una gran fascinación, no solo por los Neavers, sino por todo lo relacionado con la tecnología. Toda su vida estudió sobre mecánica e ingeniería y era reconocido como el más experto en ese campo en todo Isarior. El gran desarrollo tecnológico que había en Elementium era casi por completo gracias a él. Aunque en aquel mundo la tecnología siempre había estado a un nivel superior, no podía compararse con lo que Timothy había logrado. De todos los Herederos de los Dragones en Elementium, Timothy era el único que había desarrollado su poder para manipular la electricidad hasta el punto en que era capaz de controlar libremente cualquier tipo de maquinaria. A lo largo de los años, Timothy había logrado crear artefactos increíbles y había desarrollado la tecnología en Elementium a estándares inimaginables. A pesar de la fama que sus habilidades le dieron, el isariano jamás se creyó merecedor de ese renombre. Para él, solo era un aficionado explorando las posibilidades del mundo que lo maravillaba.

—¿Este trasto realmente puede llevarnos bajo el agua? —inquirió Lloyd.

—Por supuesto que sí —aseguró rápidamente Timothy—. Todos los Neavers pueden moverse por el aire, pero los modelos Atlantia están hechos especialmente para el desplazamiento subacuático. Este bebé nos llevará más profundo y más rápido que cualquier submarino.

—¿Qué haremos exactamente cuando estemos allá abajo? —preguntó Víctor.

Víctor ya había aprendido por las malas que meterte en una misión peligrosa sin un plan bien elaborado era como firmar tu propia sentencia de muerte. Cuando él, Calvin y Jason se infiltraron en Darux, Víctor casi murió aplastado por una montaña de escombros. En definitiva, no quería repetir una experiencia como esa.

—Los atlantes han cambiado desde que eran el más pacífico y respetuoso de los reinos —le contó Zafiro—, pero, aun así, siempre han sido muy sensatos; sé que, si les explicamos la situación, entenderán que deben ayudarnos.

Timothy soltó un suspiro mientras bajaba la mirada. No dijo nada porque no quería desanimar a sus compañeros, pero él sabía muy bien que no sería tan fácil.

—Me refiero a que si tenemos un plan para llegar hasta Atlantia sanos y salvos —aclaró Víctor.

—Tenemos un Neaver preparado para todas las adversidades que podamos encontrar, no habrá ningún problema.

En resumen, otra vez no tenían ningún plan certero. Víctor no se quejó, él había insistido para que le permitieran participar en la misión.

—¿Tendremos algún medio de comunicación con la superficie? —preguntó Lloyd

—Me temo que no —contestó Zafiro—. El espacio submarino es dominio de Atlantia; una vez en su territorio, estaremos completamente aislados del mundo exterior.

—Entonces, si algo sucede, ¿no podremos pedir ayuda? —objetó Víctor.

—De cualquier forma, Reshis está demasiado ocupado preparando las tropas para la batalla como para ocuparse de nosotros. Tendremos que hacerlo solos.

Era verdad. Con el revuelo a Víctor casi se le olvidaba la verdadera razón por la que necesitaban la ayuda de Atlantia. En tan solo un día, llegaría el Momento de la Luna. Las lunas gemelas de Elementium se alinearían de tal forma que formarían la imagen de una luna de luz y sombra al mismo tiempo. Ese sería el momento en que ocurriría la batalla final, la batalla que decidiría la guerra. Calvin y el Hechicero Oscuro se enfrentarían para decidir el destino de Elementium y la Tierra y, al final, uno de los dos moriría. Víctor no tenía ni el menor entusiasmo por formar parte de ese evento, pero por ningún motivo iba a permitir que su mejor amigo

muriera. No si podía hacer algo al respecto, por insignificante que pudiera ser.

—Venga, estoy seguro en que lo lograremos —dijo Timothy—. Sé que donde quiera que Calvin esté, está preparándose para ganar la batalla. Tenemos que confiar en él.

Aunque Timothy solo dijo esas palabras para levantarles los ánimos, sí llegó a un punto común entre todos. Víctor confiaba en Calvin más que en cualquier otro. Zafiro, después de observarlo de cerca durante la mayor parte de su vida y vivido junto a él las aventuras de los últimos días, tenía plena confianza en su persona. Lloyd, que había estado a su lado en Darux, había presenciado los verdaderos poderes de Calvin y su inquebrantable determinación por no dejar a nadie atrás. En definitiva, era alguien a quien le confiaría su vida.

—Es verdad —coincidió Víctor—. No sé por qué Calvin se alejó así de nosotros, pero seguramente debe estar pasando por algo mucho peor que esto. Sea lo que sea que esté esperando allá abajo, lo enfrentaré.

Nadie tuvo que decir nada más, todos estaban de acuerdo.

—Entonces, en marcha —dictó Zafiro.

Zafiro abordó el puesto del conductor con Timothy a su lado como copiloto. Víctor y Lloyd se sentaron en los dos asientos de pasajeros. Zafiro oprimió un botón en el panel de control y la escotilla se cerró sobre ellos inundándolos con un aroma a perfume de auto.

Víctor había estado en el Neaver de Timothy y en el de Reshis, ambos eran muy similares. Este Neaver se notaba diferente, como estar acostumbrado a un automóvil de última generación y entrar de pronto en un modelo mucho más viejo. Los asientos eran duros y herméticos, y a diferencia de los Neavers modernos, que eran mayormente maniobrados a través de una serie de pantallas holográficas táctiles, este contaba únicamente con un sistema de conducción manual apoyado con una más amplia gama de controles operativos.

—Es la primera vez que veo un Neaver que se maneje de esta forma —marcó Timothy tanteando el timón y las palancas que le eran desconocidas.

—Es algo más arcaico a lo que tenemos ahora —comentó Zafiro—, pero no es difícil una vez que te acostumbras, solo deja que yo lo guíe.

Zafiro movió unas cuantas perillas y botones y el Neaver se encendió tan suavemente como si el motor ronroneara. Las pequeñas ruedas empezaron a girar enfilando la nave para dar una curva en U sobre la arena y luego se replegaron para permitirle elevarse sobre el mar. Volaron a una baja altitud durante unos minutos, luego Zafiro y Timothy movieron hacia abajo sus timones para que la nave lentamente perdiera altitud. El Neaver comenzó a cortar el agua hasta sumergirse por completo. Pasaron del sonido de chirriantes turbinas a un gorjeo que terminó en un vibrante zumbido. Víctor miró por los vidrios blindados como el paisaje de aves volando sobre el mar se transformaba en peces nadando bajo él. Se sentía igual que cuando atravesó el portal en Hollywood y llegó a Elementium. La inmersión era como cruzar el umbral hacia otro mundo.

Mientras el Neaver iba más profundo, el entorno se tornaba cada vez más bello. El océano estaba aún más lleno de vida que la superficie. Había plantas, animales y formaciones rocosas hasta donde la vista alcanzaba y mucho más allá, como una inmensa selva subacuática.

Zafiro le explicaba a Timothy qué controles debía usar en cada momento para mantener abiertos los canales de oxígeno y regular la presión interna de la nave. Timothy hacía lo más que podía, pero conducir bajo el agua era muy distinto que por aire o tierra. Temía que con un solo error acabaría causando que el Neaver se hundiera hasta el fondo.

—¿Cuánto nos tomará llegar hasta Atlantia? —preguntó Lloyd. Zafiro consultó el radar incorporado en el panel de control.

—Atlantia se encuentra a unos seis mil metros de profundidad —estimó—, tomando en cuenta la velocidad a la que vamos, deberíamos llegar en un par de horas.

—Bien, tenemos tiempo de relajarnos y disfrutar la vista —dijo Víctor, acomodándose en su asiento con las manos detrás de la nuca.

Aunque sabía lo tonto que eso había sonado, a Víctor le sentaba bien la idea de poder descansar después de casi morir y antes de tener que poner su vida en peligro de nuevo. No recordaba la última vez que había podido reposar y desestresarse en los últimos días. Desde que toda esa locura comenzó cuando aquel daruxiano intentó raptarlo en su taberna, no había hecho otra cosa más que pelear contra monstruos y entrenar con la magia y la espada. «Mi vida es muy rara», fue lo único que pudo pensar. Cuando todo terminara, y suponiendo que el mundo no se hubiese acabado, tal vez podría volver a tener una vida tranquila. Hasta hacía poco era algo que rechazaba, por ningún motivo quería volver a su aburrida y monótona vida. Sin embargo, los sucesos recientes le habían hecho recapacitar. Después de afrontar de primera mano el estar a un paso de la muerte, vivir serenamente en Ríndesting no sonaba tan mal. A decir verdad, en ese momento hubiese dado cualquier cosa por estar tirado en su cama sin ninguna otra preocupación más que tener que levantarse para abrir la taberna.

«No tiene caso pensar en eso ahora».

Víctor se volteó hacia Lloyd que lo miraba con las piernas cruzadas.

«No puedes vivir cada minuto preocupado por lo que sucederá en el futuro, concéntrate en el presente».

Víctor había olvidado que, como su *Unit Beast*, Lloyd podía percibir cada uno de sus disturbios emocionales. Se alegraba de que por lo menos tuviese la consideración de mantener la conversación en sus mentes.

«Lo sé —le dijo—, pero no puedo evitarlo. Mañana estaremos en medio de una batalla sin precedentes y, aunque ganemos, centenares o miles van a morir».

«Es verdad, pero no hay cómo evitarlo, así es la guerra. No hay nada que podamos hacer al respecto, el futuro se hará a sí mismo».

«¿No le temes a la muerte?».

«Yo siempre había pensado que ya estaba muerto, pero ahora sé que vivir tiene un significado. Aun así, no obtendremos nada huyendo. Si mi destino es morir luchando, lo aceptaré».

Destino. Víctor nunca se había tomado en serio aquella palabra, siempre creyó que cada quien hacía su propio camino en la vida. Desde que descubrió aquella profecía sobre los Hechiceros del Dragón, comenzó a encontrar algo de veracidad en el destino. ¿Acaso todos ya tenían su camino trazado? Y de ser así, ¿exactamente qué le dictaba el suyo?

En aquel momento, su destino le dictó un gran imprevisto. Un fuerte golpe sacudió el Neaver y Víctor tuvo que sostenerse de su asiento para no salir disparado. Cuando volvió a poner la cabeza en su lugar, encontró que la escena del bosque marino había sido reemplazada por un viscoso y desagradable tubo de carne repleto de pequeñas espinas. Una criatura similar a una gigantesca sanguijuela se había adherido al casco del Neaver. Antes de que alguno se diera cuenta, una segunda sanguijuela se aferró al Neaver con su gran boca acompañada de otra violenta sacudida.

—¿Qué rayos son estas cosas?! —vociferó Víctor.

—¡Mejor preocúpate por cómo deshacerte de ellas! —repuso Lloyd.

Tenía razón. A cada segundo que pasaba, más y más sanguijuelas se adherían al Neaver. A ese ritmo quedarían atestados en cuestión de minutos.

Zafiro y Timothy rebuscaban los controles desesperados por dar con una forma de ahuyentar a esas cosas.

—¡Maldición! —exclamó Zafiro golpeando el panel de control—. ¡Todos los sistemas de defensa son de largo alcance, no hay nada que se pueda deshacer de estas malditas babosas!

La parte superior del Neaver ya estaba colmada por unas ocho sanguijuelas. Sus filas de dientes en espiral se contorsionaban intentando sin éxito succionar los fluidos de lo que esas cosas creían que era algún animal marino. Entonces se oyó un ligero crujido y

en el cristal del casco comenzó a vislumbrarse una pequeña grieta que iba agrandándose.

—No, no, no —repetía Zafiro sin ton ni son—. ¡No resistirá!
¡Se romperá!

Víctor trató de pensar en algo, pero no veía nada que pudiera hacer. Si intentaban atacar a las sanguijuelas, tan solo causarían que el cristal cediera; estaban tan lejos que no podían teletransportarse.

Montones de rajaduras recorrían el casco de punta a punta, se les acababa el tiempo. El Neaver comenzó a desestabilizarse a causa de la presión que las sanguijuelas ejercían sobre él. Zafiro y Timothy luchaban por mantener el control de la nave mientras se hundía. Finalmente, el casco se deshizo en mil pedazos. Víctor solo conservó un fugaz recuerdo de lo que sucedió después: agua, mucha agua, y la falta de oxígeno.